

# Construyendo territorialidades: estrategias residenciales y prácticas cotidianas de mujeres bolivianas en Comodoro Rivadavia



Myriam Susana González

Departamento de Geografía, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de la Patagonia SJB, Argentina.  
<https://orcid.org/0000-0001-6983-8096>

*Recibido: 2 de julio de 2019. Aceptado: 30 de diciembre de 2019.*

## Resumen

La territorialidad ocupa un lugar creciente en el análisis de las migraciones internacionales, tanto a nivel de las relaciones entre los espacios materiales, sociales, culturales y políticos, como a nivel de las prácticas. Partimos de la idea que los territorios urbanos están marcados por relaciones de poder, de allí que la capacidad de construir lugares sea un producto de las estrategias de los actores sociales que los habitan y presenta diferencias de género, clase y etnia. El foco del trabajo está puesto en las mujeres bolivianas residentes en Comodoro Rivadavia, en sus estrategias y prácticas y en las nuevas territorialidades que construyen. Se busca recuperar las relaciones e interacciones de las migrantes, los sentidos y significados, las movilidades, accesibilidades y reclusiones que se producen en la vida cotidiana, en el interior de los barrios de residencia y fuera de ellos. El abordaje se basa en una estrategia de investigación cualitativa, a partir de observaciones en el terreno, entrevistas a informantes clave y, en particular, entrevistas en profundidad.

*Palabras clave: Territorialidad. Mujeres bolivianas. Prácticas. Residencia. Circulación.*

## Building territorialities: residential strategies and daily practices of bolivian women in Comodoro Rivadavia

### Abstract

Territoriality occupies a growing place in the analysis of international migrations, both at the level of relations between material, social, cultural and political spaces, and at the level of practices. We start from the idea that urban territories are marked by power relationships. Hence, the ability to build places is a product of the strategies of the social actors that inhabit them and presents differences in gender, class and ethnicity. The focus of this work is on the Bolivian's women living in Comodoro Rivadavia, their strategies and practices and the new territorialities they build. It seeks to recover the

relationships and interactions of the migrants, the purpose and meanings, the daily mobility, accessibilities and reclusions that occur in daily life, inside the neighborhoods of residence and outside them. The approach is based on a qualitative research strategy, based on observations in the field, interviews with key informants and, in particular, interviews with a high depth of analysis.

*Keywords: Territoriality. Bolivian women. Practices. Residence. Circulation.*  
*Palavras-chave: Territorialidade. Mulheres bolivianas. Práticas. Residência. Circulação.*

## Introducción

La migración boliviana en Comodoro Rivadavia (Chubut, Argentina) ha cobrado en las últimas décadas representación social, laboral y espacial, constituyéndose en una de las colectividades con mayor visibilidad en la ciudad. Esta visibilidad está asociada a la inserción laboral en nichos específicos, pero también, a la participación social; ambos factores contribuyen a la particularidad de la migración boliviana en la ciudad.

Comodoro Rivadavia es una ciudad intermedia, con una población de 177.038 habitantes (Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010). Es el centro urbano más importante de la Patagonia Sur (integrada por las provincias de Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego) en la República Argentina. La ciudad nace como puerto en 1901, por la necesidad de una salida al mar para los productos agrícola-ganaderos de la Colonia Sarmiento, localizada a 120 km hacia el oeste. En 1907 se descubre petróleo en la región, y desde aquellos años, la economía de la ciudad ha estado ligada a esa actividad productiva. Es así como, de enclave minero inicial, se ha convertido, a lo largo del siglo XX, en un polo regional.

Desde su fundación, la ciudad se caracterizó por la marcada diversidad sociocultural, producto del asentamiento de distintos colectivos migratorios. Españoles, italianos, portugueses, búlgaros, rusos, polacos, bóeres, entre otros, fueron actores centrales del poblamiento del área y del impulso de sus actividades productivas. Más tarde, se sumaron los migrantes internos: catamarqueños, riojanos y otros. La segunda mitad del siglo XX se caracterizó por el decrecimiento –o la desaparición– de los flujos migratorios transoceánicos, y por el aumento en las migraciones tanto limítrofes como internas; situación que también se observó a escala nacional. Los primeros en aumentar el caudal migratorio limítrofe fueron los chilenos. A partir del año 2003, con el nuevo auge de la explotación petrolera, la ciudad inició una etapa de reactivación económica, con efectos de expansión en el comercio, la construcción y en otros sectores de la economía. En este contexto, se produjo la llegada de migrantes internos e internacionales. Entre estos últimos, adquirieron relevancia los bolivianos, constituyéndose en mayoría con relación al conjunto de latinoamericanos que conforman las migraciones más recientes.

Nos interesa centrarnos en aquellas estrategias y prácticas de las mujeres bolivianas que llevan a la construcción de nuevas territorialidades. Por otra parte, sabemos que el espacio urbano de la ciudad de Comodoro Rivadavia, como el de otras ciudades, no es homogéneo, ni tampoco lo son los significados y valores con los cuales se asocia a determinados sectores de la ciudad (en este caso, los barrios que la conforman) y a sus habitantes. De esta manera, interesan las prácticas y los vínculos que se desarrollan en el interior de los barrios de residencia y fuera de ellos.

Se busca trascender la mirada para recuperar las relaciones e interacciones de las migrantes; los sentidos y significados que construyen; las movilidades, accesibilidades y reclusiones que se producen en la vida cotidiana. Nos preguntamos: ¿cuál es la ciudad de las mujeres bolivianas, aquella que habitan y reconocen? ¿Qué estrategias residenciales

despliegan? ¿Qué prácticas cotidianas desarrollan, y cómo son las temporalidades y espacialidades de esas prácticas? ¿Qué vínculos establecen con el territorio? ¿Qué lugares construyen a partir de los procesos de territorialización en el espacio urbano?

Para responder a estos interrogantes, nos planteamos los siguientes objetivos: analizar las estrategias residenciales y las prácticas que desarrollan las mujeres bolivianas en el espacio urbano de CR; explorar la relación que mantienen con el territorio las mujeres bolivianas; y explicar los modos de territorialización que resultan de las prácticas desarrolladas por las migrantes.

De allí que proponemos abordar dos formas de territorialidad: la residencia y la vida cotidiana, ambas territorialidades implican espacios y tiempos diferentes, como así también, distintas relaciones de poder, donde las mujeres son las protagonistas (González, 2016). Es por ello que se trabajó con una estrategia de investigación cualitativa, basada en observación no participante, entrevistas a informantes clave y, en particular, entrevistas en profundidad a 35 mujeres bolivianas residentes en la ciudad.

## Territorialidad, prácticas y construcción de lugares

Estudiar la territorialidad de un grupo migrante a partir de la construcción de lugares conduce a una microgeografía de la cotidianidad (Di Meo, 2000), que considera las prácticas del “habitar”. Sin embargo, no solo las prácticas, sino también las representaciones interesan a la hora de analizar la visibilidad de un colectivo. Según Bélouin (2004), la visibilidad y la invisibilidad permiten interrogar a las representaciones sociales, tanto las que la sociedad (incluidos los científicos) construye como aquellas que los migrantes mismos generan y ponen en escena. La territorialidad se evidencia a través del uso y la apropiación de los lugares; de allí que pueda utilizarse la noción de visibilidad territorial, que resulta de un proceso gradual a través del cual el migrante “territorializa el espacio” y “se territorializa” en un espacio nuevo para él (Baby-Collin et al., 2011).

Además, interesa destacar el papel del género en la construcción de la territorialidad. El género, en tanto construcción social, solo puede entenderse en cierta temporalidad y espacialidad. Coincidimos con Calvillo Velasco (2012) en que “el género condiciona el ritmo de estancia y desplazamiento, y con ello la noción del tiempo individual y colectivo” (p. 287). Referirse a las prácticas desde la geografía de las migraciones implica dar cuenta del saber hacer espacial, esto es, las actividades y acciones que se realizan en un espacio y un tiempo, y que generan espacialidades diferentes. Como sostiene Di Meo (1999), las prácticas contribuyen a la construcción permanente de la territorialidad. Este mismo autor plantea que es en la acción donde se juegan los significados, pero también es en las formas espaciales donde se plasman esas acciones.

Lindón, en su *Geografías de la vida cotidiana* (2006a), hace referencia a las prácticas y reconoce cuatro vertientes analíticas: los desplazamientos, los escenarios, los patrones y rutinas espaciales, y las prácticas que permanecen en un lugar. Los movimientos, recorridos, trayectorias, desplazamientos en un espacio y un tiempo medibles fueron propuestas ampliamente desarrolladas por Hägerstrand (1970) a través del planteo teórico denominado *Time Geography*. Las trayectorias biográficas de los sujetos, los itinerarios de recorridos vitales, ponen especial énfasis en los movimientos; desplazarse en el espacio implica desplazarse en el tiempo.

Por su parte, cuando los desplazamientos se reiteran a través del tiempo, surge la rutinización de las prácticas. Hägerstrand fue uno de los pioneros en observar que,

analizando determinadas prácticas y su duración, se podía acceder a la rutinización y, por lo tanto, a la reproducción social. Son estas prácticas, las rutinizadas, las que producen sin descanso el espacio geográfico y sus territorios, ya que, según Di Meo (1999), la territorialidad no existiría sin un mínimo de prácticas espaciales repetitivas.

Por otra parte, no sólo interesan los desplazamientos, sino también las prácticas que el sujeto realiza y que se hallan fijas en un espacio. Estas prácticas pueden referirse a diferentes escalas: permanecer en una ciudad, en un barrio o en una casa. Según sea la práctica y su temporalidad, la noción de quedarse o permanecer es más o menos fija en el espacio. Cabe entonces mencionar el concepto de arraigo, desarrollado por Hanson, que supone un conjunto de prácticas fijas en un lugar (Lindón, 2006a). Otra dimensión que se relaciona con las prácticas es la corporeidad, que ha sido planteada por Michel de Certeau (1996). Este autor construye un modelo en el que las prácticas cotidianas permiten la construcción del sentido del espacio donde convergen los sentimientos acumulados, la memoria y las experiencias corporales. La condición corporal de todas las prácticas –es decir, cualquier práctica de un sujeto– involucra el cuerpo y sus movimientos corporales, y por ello mismo puede ser percibida por otros, dando la posibilidad de reconocer a unos actores y a otros. De esto se desprende que las relaciones entre el espacio y el orden construidos pueden establecerse a través de la localización de las prácticas encarnadas en el cuerpo (Soto, 2013).

Además de las prácticas, el estudio de las migraciones debe incorporar una categoría clave como es la territorialidad. La migración modifica la identidad y la apropiación territorial. Se crean nuevas territorialidades, es decir, la apropiación de nuevos espacios que son cada vez más territorializados: barrios étnicos, espacios comerciales, espacios transfronterizos, entre otros. A través de las prácticas, los migrantes van creando territorios, los lugares de residencia, de trabajo, de sociabilidad; y de esta manera, los barrios, las calles, los espacios públicos se transforman en espacios territorializados por las y los migrantes. Territorializar es construir y volver a construir constantemente el entorno del actor social, materialmente y en sus representaciones. El estudio del espacio, la espacialidad y la territorialidad ocupan un lugar creciente en el análisis de las migraciones transnacionales, tanto en el nivel de las relaciones entre los espacios materiales, sociales, culturales y políticos vinculados por los fenómenos migratorios como en el nivel de las prácticas sociales desarrolladas en dichos espacios, o en la arquitectura de construcciones normativas e identitarias elaboradas a diferentes escalas (Simon, 2006).

El concepto de territorialidad ha sido desarrollado por varios geógrafos, siendo esenciales los aportes del geógrafo suizo Claude Raffestin (1977), quien ha llegado a plantear la construcción de una geografía de la territorialidad. Para este autor, la territorialidad tiene un valor totalmente particular, ya que refleja la multidimensionalidad de la vivencia territorial por parte de los miembros de una colectividad y por las sociedades en general. Los sujetos viven al mismo tiempo el proceso territorial y el producto territorial, mediante un sistema de relaciones existenciales o productivas. En su obra *Por una Geografía del poder*, define la territorialidad “como un conjunto de relaciones que nacen en un sistema tridimensional sociedad-espacio-tiempo” (Raffestin, 2011:113).

Raffestin (1977) reconoce tres formas de abordar la territorialidad: como defensa del territorio, como apropiación (el sentido de pertenencia) y como relación con la alteridad. De los tres planteamientos, en este trabajo interesan particularmente el segundo y el tercero. Tanto la idea de pertenencia y apropiación como la relación con el otro resultan pertinentes para analizar la relación que mantienen con el territorio las y los migrantes, considerando que esta relación es situacional, esto es, que se replantea en las diferentes prácticas y experiencias situadas en un espacio, en un tiempo y en un contexto social.

La territorialidad alude a las relaciones entre el individuo y el entorno; además, es multiescalar (Di Meo, 2000). Di Meo reconoce tres niveles de escalas: el espacio inmediato en el que se encuentra el sujeto y en el cual desarrolla sus acciones presentes; los lugares vividos en otros momentos de su vida, y el conjunto de referentes mentales a los cuales remiten tanto las prácticas como el imaginario, y que pueden ser territorios cercanos o lejanos. En este sentido, la territorialidad está constituida por una red muy amplia de territorios que se hallan unidos entre sí a través de la trayectoria de vida de cada persona (Lindón, 2006a). Las y los migrantes construyen y reconstruyen sus vidas e identidades con múltiples lugares y referentes al mismo tiempo, lo que Lawson (2000) denomina “estado de *between-ness*”.

## Territorialidades de la residencia

Las prácticas ligadas a la residencia construyen territorialidades en el espacio urbano que se relacionan con el habitar. Entendemos que las formas de habitar comportan un sistema de relaciones, establecido por el habitante respecto del espacio habitado, y que incluyen prácticas, pero también, representaciones y significados relativos a ese espacio (Allen, 2003). Como la territorialidad es parte central del habitar, este último, a través de la territorialidad que contiene, remite al lugar inmediato que se habita, pero también a otros lugares habitados anteriormente, así como a lugares nunca habitados pero que forman parte del imaginario de la persona (Lindón, 2005). De esta forma, el habitar se refiere a un espacio de límites imprecisos y, al mismo tiempo, se condensa en un lugar particular, como es la casa. Ese habitar puede resultar en un confinamiento; situación que explicaremos para el caso de las mujeres bolivianas en Comodoro Rivadavia.

### *Estrategias residenciales*

La migración no solo implica el cambio residencial, sino que modifica otros procesos de la movilidad en distintas escalas e intensidades, tanto de los aspectos materiales como inmateriales, en los individuos y en la sociedad. Se trata de un proceso complejo, que involucra aspectos tales como la familia, la comunidad, el lugar de origen.

Por otra parte, la movilidad supone itinerarios que se inscriben en el espacio y que no se reducen a simples idas y vueltas entre dos puntos, sino que establecen movimientos complejos de trayectorias en las cuales se trasladan de un lugar a otro sujetos con toda la carga social que los construye. Si bien los itinerarios responden en parte a las oportunidades del mercado laboral, también se ajustan a los acontecimientos de la vida familiar y social, y tienen un impacto tanto en quienes viajan como en aquellos que permanecen en el lugar de origen.

Estudiar las trayectorias residenciales permite adentrarse en los espacios vividos, para lo cual deben comprenderse las estrategias residenciales. Este último concepto está ligado a las prácticas y representaciones espaciales, como así también a la movilidad espacial y a la dinámica residencial.

Entender la territorialidad posibilita cruzar dos tipos de espacios: por un lado, el espacio de vida, es decir, el conjunto de lugares frecuentados que corresponde al espacio de las prácticas. Por otro lado, el espacio vivido, que define la manera como cada individuo representa su espacio de vida. El concepto de espacio vivido (*espace vécu*) fue propuesto por Armand Frémont por primera vez en 1974 y luego desarrollado en su libro *La région espace vécu* (1976). Para este autor, se trata de un espacio cargado de valores, que integra todas las distancias y todas las complejidades. Di Meo (1991) también parte de las ideas de Frémont y diferencia el espacio de vida del espacio vivido: “El espacio

de vida se confunde, para cada individuo, con el área de sus prácticas espaciales. Es el espacio frecuentado por cada uno de nosotros, con sus lugares atractivos, sus nodos en torno a los cuales se construye la existencia individual: la morada, la casa, los lugares de trabajo y de ocio. El espacio concreto de lo cotidiano” (1991:123). Por otra parte, señala: “El edificio construido sobre las bases de la materialidad y sus prácticas (el espacio de vida) se enriquece de la pulpa de los intercambios sociales (el espacio social), de las cargas emotivas, de las imágenes y de los conceptos individuales, aunque siempre son de esencia social, que forjan nuestra representación del mundo sensible y contribuyen a conferirle sentido (espacio vivido)” (Di Meo, 1991:127).

Por su parte, Sassone (2002) hace referencia a ambos espacios en relación con los migrantes bolivianos. El espacio de vida es el ámbito en el cual el migrante desarrolla la configuración de sus lugares. Este espacio viene delimitado por los desplazamientos cotidianos del individuo, motivados por trabajo, por estudio, por esparcimiento, por relaciones intra- e interétnicas, que suelen mostrar una tendencia cíclica. Su periodicidad diaria, semanal, mensual y hasta anual determina un espacio íntimamente relacionado con el uso del tiempo. En cuanto al espacio vivido, “es un componente del territorio junto al espacio de vida, las prácticas sociales y las estrategias culturales. En conjunto, constituyen una expresión de la territorialización andina en el destino” (Sassone, 2002:665).

La movilidad internacional implica cambios en el espacio de vida, que se observan en las transformaciones de las prácticas y representaciones urbanas. En el desplazamiento de un país a otro, los migrantes desarrollan diferentes estrategias residenciales por las que despliegan un conjunto de acciones y decisiones, las cuales están condicionadas por las características del proyecto migratorio y el papel que juegan las redes. Por otra parte, existen etapas que dependen del tiempo de residencia en un determinado lugar.

Son muchas las funciones que se les atribuyen a las redes en el proceso migratorio: amortiguar, por un lado, el peso que tienen los costos sobre los migrantes, y por otro, la ruptura vital que supone la migración; mantener los vínculos con la sociedad de origen; influir en la selección de los lugares de destino y de origen; condicionar la integración de los migrantes en la sociedad de destino y servir como canales de información. Las redes tienen son fundamentales en el proyecto migratorio especialmente en lo que respecta al trabajo y la vivienda. En el caso estudiado, aparecen en los relatos la presencia de redes conformadas por familiares, amigos o paisanos. Por lo general son compatriotas que llevan viviendo un tiempo en la ciudad y que facilitan la llegada a los y las migrantes, proporcionando ayuda en relación a la vivienda, la inserción laboral y el acceso a los servicios esenciales.

García Almirall y Frizzera (2008) hacen referencia a las estrategias residenciales como un proceso que se realimenta y se autotransforma de manera constante, debido al propio dinamismo que caracteriza a la relación entre la migración y la ciudad; de allí el planteo referido a que, para cada etapa por la que atraviesa el migrante, corresponde un tipo de vivienda que ocupa. Estas estrategias habitacionales, forman parte de las trayectorias residenciales, un concepto que como plantean Di Virgilio y Gil y de Anso (2012) alude a la relación entre la movilidad social, territorial y habitacional de los miembros de un hogar. Muchas de estas trayectorias tienen recorridos con características comunes en el marco de los procesos migratorios, comienzan con el alquiler de una habitación y finalizan con la compra y posterior mejora de una vivienda en el mercado inmobiliario informal (Vaccotti, 2017).

En el caso que nos ocupa, a través del relato de las entrevistadas<sup>1</sup> pueden diferenciarse distintas etapas en las estrategias residenciales, que pueden resumirse en tres, si bien debe destacarse que en todas el papel de las redes es clave. La primera etapa corresponde a la llegada a la ciudad, donde la mayoría se instala en casas de familiares, amigos o paisanos, “vivo con mi hermana, ella compró un casita a un paisano de Cochabamba” (Elsa, 37 años); “mi marido se conoció con un paisano y llegó a la casa de él, por eso se vino derecho (Diana, 30 años). Al insertarse en el mercado laboral, en especial, si se trata de una familia, la búsqueda se orienta hacia el alquiler de una vivienda, lo que podríamos considerar una segunda etapa, en la cual las redes siguen siendo fundamentales, ya que por lo general alquilan a familiares o compatriotas. Algunos de los relatos expresan esta situación “viví tres meses con mi hermana después alquilé una pieza en el Moure (Elvira, 24 años); “Cuando llegué viví con mi hermana en el Moure. Ahora alquilo sola una pieza, al lado están mis primos, mi hermana vive en la otra calle” (Olga, 27 años). Finalmente, la tercera etapa se relaciona con la vivienda propia, aspiración que muchas de las entrevistadas manifiestan en sus relatos “vivimos en el barrio Moure, tres años que nos compramos una casita de chapa y ahora la hicimos de material, nosotros nos ayudamos entre todos, mi suegro nos hizo la casa, todos nos ayudamos” (Dora, 33 años).

Con respecto a la casa propia, Lindón (2005), en un artículo sobre el mito de la casa propia, plantea que la casa no es cualquier espacio: es un espacio íntimo de alto contenido simbólico, condensador de sentidos; pero también es un espacio básico que ubica al ser humano de una manera particular en el mundo. Entonces, el mito tejido en torno a la casa y la propiedad termina constituyendo un fragmento multidimensional de la subjetividad social, que tiene repercusión en la vida práctica.

El acceso a la vivienda propia representa la apropiación de un espacio, constituye una forma de anclaje territorial y la consolidación del proyecto migratorio. Trabajos como los de Magliano et al. (2014) y Perissinotti (2016) en ambos casos para la ciudad de Córdoba plantean la importancia para los y las migrantes de acceder a una vivienda propia y cómo ese acontecimiento representa un quiebre en su experiencia migratoria. Los planteos de las autoras no difieren de los resultados de esta investigación.

La construcción de la casa es una tarea que se apoya también en la fortaleza de las redes bolivianas, ya que participa la familia, los amigos. Se trata de una actividad que no es exclusivamente masculina, sino que las mujeres colaboran en la construcción, en conjunto con los varones. Esta representación se halla presente en la opinión del presidente de la Unión Vecinal del barrio Moure: “(...) las mujeres trabajan a la par del hombre; si los varones se van a trabajar, ellas se quedan poniendo ladrillos”<sup>2</sup>. Otro aspecto interesante que surge a partir de los relatos es la escasa movilidad en el territorio a lo largo de las distintas etapas residenciales, ya que en la mayoría de los casos permanecen en el mismo barrio o en barrios cercanos.

### *Barrios de la periferia oeste: concentración y confinamiento*

La geografía residencial boliviana en Comodoro Rivadavia corresponde a una geografía periférica y popular, destacando su presencia en los barrios de los bordes de la ciudad, situación que no difiere de la observada en otras ciudades argentinas con presencia boliviana.

1 Los nombres de las entrevistadas han sido cambiados.

2 Entrevista realizada al Presidente de la Unión Vecinal del Barrio Moure, 20/9/2016).

La distribución residencial del colectivo boliviano muestra que se encuentran agrupados en cuatro barrios. Según la información del último censo nacional (2010), el 80 % de los que viven en la ciudad habitan en los barrios Moure, San Cayetano, Abel Amaya y Máximo Abásolo. Los tres primeros, originados en la década de 1990, han sufrido importantes cambios desde 2004 en adelante, dado que el aumento de demandas habitacionales y la consiguiente dificultad de acceso a la tierra tuvieron como salida la ocupación de terrenos, dando lugar a las extensiones localizadas en la periferia de los barrios mencionados. Se trata, de una expansión urbana informal que involucra distintas lógicas de ocupación, siendo predominantemente residencial. En términos urbanos, los denominados asentamientos se construyeron sin un plan preconcebido, donde primó la arbitrariedad y la iniciativa individual.

Aun cuando no estamos ante la presencia de “barrios étnicos” (Sassone y Mera, 2007) existe una concentración mayoritaria de población boliviana en un barrio de la ciudad, el Moure. Tanto la información del Censo de 2010 como la proveniente del Censo de Inmigrantes Bolivianos (2008) dan cuenta de ello. Asimismo, más allá de los datos demográficos, los informantes clave entrevistados (presidentes de las dos asociaciones de migrantes bolivianos, presidente de las uniones vecinales de los cuatro barrios analizados y funcionarios municipales) coinciden en señalar al Moure como el barrio de mayor concentración residencial de este colectivo. También en la prensa local, aparece señalado como “el barrio de los bolivianos”. Así, en la representación de los habitantes de la ciudad, el Moure es un “barrio boliviano”, aunque buena parte de quienes lo habitan son argentinos, chilenos o descendientes de chilenos. En los relatos de las mujeres entrevistadas, se reitera la referencia al Moure, aun cuando no vivan allí. La presencia de familiares y paisanos; las celebraciones de los carnavales y de la Fiesta de la Virgen de Urkupiña que allí se realizan, son hechos que provocan la mención constante al barrio en los relatos; podemos afirmar que, para la mayoría de las entrevistadas, el Moure forma parte de su territorialidad.

Cabe preguntarnos ahora si esta concentración también supone confinamiento. El confinamiento territorial es un concepto utilizado en la Geografía del Género por autoras como Rose (2002) y Lindón (2006b), que supone una forma de territorialidad relacionada con la subordinación. Es un concepto que remite a la reclusión en un espacio; no obstante, el espacio puede confinar también en la forma en que deben presentarse ante las personas, en las conductas y en las actuaciones. El género, junto con la etnia y la clase social (y a decir verdad, también la edad, las variaciones fenotípicas y cualquier diferencia convertida en desigualdad), desempeña un papel fundamental como elemento de exclusión y confinamiento territorial.

Para las mujeres bolivianas, es factible la reclusión desde el punto de vista de la residencia. Como hemos visto, ellas y sus familias están confinadas a los barrios pobres de la periferia; sin embargo, cuando nos referimos a otras prácticas, como las relacionadas con la sociabilidad o con el trabajo, por lo general no hay confinamiento territorial, sino una ampliación hacia otros espacios de la ciudad, como veremos en los apartados siguientes.

## Territorialidades de la vida cotidiana

### *Desplazamientos y ritmos cotidianos en los barrios de residencia*

Las mujeres desarrollan prácticas individuales y colectivas por las cuales se movilizan en el territorio. La movilidad ha sido una cuestión analizada por la Geografía Humana, empezando por Hagerstrand, con su *Time Geography*, y numerosos autores que no necesariamente se inscriben dentro de esa línea. Para Lindón (2006a), el análisis de las



prácticas de movilidad desde la perspectiva de las personas presenta dos tendencias. Una es la que aborda el desplazamiento en sí mismo, visto en un espacio medible y en un tiempo cronometrable; y la otra plantea el interés en el estudio de las rutinas y las subjetividades espaciales. Desde los estudios de la Geografía del Género, se ha ampliado la propuesta de Hagerstrand a partir de trabajos como los de Pred y Palm (1978); Hanson y Hanson (1980); Díaz Muñoz (1989); Díaz Muñoz y Rodríguez Moya, (1989); Sabaté Martínez, Rodríguez Moya y Díaz Muñoz (1995). Si bien la perspectiva de género ha logrado ampliar las dimensiones analíticas implicadas en el estudio de la relación entre migración, género y ciudad, son escasas las investigaciones que analizan las prácticas de movilidad en el espacio urbano de los migrantes desde la Geografía del Género; en esta línea, pueden citarse los trabajos de Sabaté Martínez, Rodríguez Moya y Díaz Muñoz (1995); Miralles y Cebollada (2009); Rodríguez Moya y García Palomares (2012).

La movilidad supone traspasar límites sociales y simbólicos, en forma de estereotipos y estigmas territoriales (Carman, Vieyra y Segura, 2013). Se trata de prácticas situadas y como tales juegan un papel relevante en la ampliación o el confinamiento, al entender que las movilizaciones son espacializadas y temporalizadas en contextos específicos. Las mujeres, por la diversidad de tareas que llevan a cabo, suelen tener una visión de su entorno más global que la de los varones, quienes, en cambio, están focalizados en algunos sectores frecuentemente poco conectados, por lo cual tienden a considerar el espacio urbano más sectorial. Esta relación entre el uso del espacio público y los papeles de género cabe tanto para las autóctonas como para las migrantes. Realizar las compras, hacerse cargo de los niños y los ancianos, efectuar tareas relacionadas con la gestión del hogar son algunas de las funciones asumidas tradicionalmente por las mujeres. Como afirman Caggiano y Segura (2014) ciertos aspectos de las relaciones de género parecen condicionar la circulación de las mujeres por la ciudad dado que los trabajos de cuidados suponen una carga para las mujeres, pero a su vez, la ocasión para realizar recorridos por la ciudad aun con las dificultades que conlleva.

El uso que se hace del espacio público es multidimensional y depende de variados factores que interactúan entre sí: género, origen, tipo de proyecto migratorio, situación familiar, el trabajo remunerado y la edad son algunos de ellos. Autores que han trabajado los barrios de migrantes señalan que el género constituye la variable primordial en relación con el uso del espacio público (Gutiérrez Valdivia et al., 2011; García Armand, 2005).

Por otra parte, en las ciudades bolivianas es fuerte la presencia de las mujeres en las calles; mujeres de todas edades, solas o acompañadas por sus hijos o por otras mujeres. Se las puede ver tejiendo, cocinando, vendiendo; en definitiva, su presencia está asociada al desarrollo de actividades que van desde la preparación de comidas hasta un comercio establecido, todas tareas ligadas a lo doméstico y lo cotidiano, con las cuales el ámbito privado se proyecta al ámbito público.

Esta significativa presencia en el espacio público, aunque menor en los contextos migratorios, sigue teniendo a las mujeres como protagonistas, situación que hemos visualizado en el caso de las migrantes bolivianas en Comodoro Rivadavia. Las tareas femeninas, relacionadas con actividades cotidianas en sus papeles de madres y gestoras de la familia, producen una mayor exposición en el espacio público; de allí que la calle se constituya en un espacio relevante en la cotidianidad femenina, puesto que en los recorridos –generalmente a pie– integran actividades que implican relaciones. La calle como lugar de tránsito y la calle como lugar vivido son importantes para las mujeres; también los comercios y las instituciones públicas, tales como colegios, centros de salud y asociaciones vecinales, entre otros. El transitar las hace visibles frente a la sociedad receptora.

### *Otros barrios: circulación, trabajo y control del territorio*

Las prácticas cotidianas que desarrollan las mujeres migrantes van más allá de los espacios de residencia, motivo por el cual despliegan en la ciudad diversas formas de movilidad. Lo primero que se desprende del análisis de la territorialidad de las prácticas urbanas es que el barrio no constituye un ámbito autónomo ni autosuficiente, por lo que sus residentes deben movilizarse cotidianamente con el fin de obtener un conjunto de bienes y servicios fundamentales para la reproducción de la vida.

La circulación por tareas reproductivas no solo implica el uso del espacio más cercano, el de la residencia, sino que estas labores también pueden promover movimientos espaciales de mayor alcance, hacia hospitales, comercios y otras instituciones alejadas del hogar. En este sentido coincidimos con Caggiano y Segura (2014) cuando afirman que los trabajos de cuidados suponen una carga, pero a la vez son la ocasión para realizar recorridos por la ciudad. Movilizarse a espacios más distantes implica, en algunos casos, superar ciertos límites o “fronteras físicas, pero también sociales, culturales, económicas y tecnológicas presentes en la ciudad (como, por ejemplo, dinero, conocimiento de la ciudad, sistemas de transporte público, sensación de estar fuera de lugar) y pueden ser específicas a cada contexto” (Jirón, 2007:182).

En cuanto al medio de transporte, existe una mayor dependencia de las mujeres respecto a la oferta pública de transporte y una mayor frecuencia de sus desplazamientos a pie, lo que podría causar ciertas dificultades en cuanto a su movilidad potencial; sobre todo, al comprobar que deben combinar el mantenimiento doméstico con una actividad remunerada en el exterior del hogar.

Las mujeres entrevistadas utilizan generalmente el transporte público para circular por la ciudad. Cabe señalar que ninguna de nuestras entrevistadas manejaba, aun siendo la familia propietaria de un vehículo, pues el conducir un vehículo es considerado una tarea eminentemente masculina. Las relaciones desiguales, como las de género, condiciones socioeconómicas o la edad, generan experiencias diferenciadas, donde para algunas mujeres la experiencia de viajar se vuelve difícil y limitada. La multiplicidad de tareas que deben realizar las mujeres (cuidar a los niños, mantener el hogar y comprar los bienes para el consumo familiar) se comparten con el empleo, para complementar el ingreso familiar. En este marco, la movilidad supone un esfuerzo económico y de tiempo.

Por su parte, el trabajo productivo genera una amplia circulación intraurbana, dado que, en la mayoría de los casos analizados, los lugares de trabajo están alejados de los barrios de residencia, y entonces deben movilizarse desde las áreas periféricas hacia las centrales o barrios residenciales. Las tres ocupaciones principales en las que se ubican las entrevistadas, esto es, obreras en la industria pesquera, empleadas domésticas y emprendedoras en el comercio, producen circulaciones diferenciadas. Las industrias pesqueras están situadas en el área del Puerto y en el Barrio Industrial, alejadas de aquellos barrios donde la mayoría de las mujeres residen. Las empleadas domésticas realizan circuitos más extensos, que incluyen barrios más cercanos, como Roca y Pueyrredón, o más alejados, como el Centro y General Mosconi, en Zona Norte. Incluso, algunas de ellas se trasladan hasta la localidad de Rada Tilly<sup>3</sup>, ubicada a 15 km de la ciudad. Para los recorridos, utilizan generalmente el transporte público que, para el caso de las áreas periféricas de la ciudad, presenta problemas en cuanto a las frecuencias y la distancia que deben recorrer desde la vivienda hasta la parada; todo ello implica mayor consumo de tiempo. A la ineficiencia del transporte público se suma la inseguridad,

<sup>3</sup> Rada Tilly es un municipio localizado a 15 km al sur de Comodoro Rivadavia. Se trata de una urbanización donde residen preferentemente los sectores de mayores ingresos.

especialmente, en el caso de las mujeres que deben utilizar ese medio durante la noche o en horas muy tempranas, como sucede con quienes trabajan en la industria pesquera, pues deben salir de su casa a las cuatro o cinco de la madrugada para llegar a horario.

En cuanto a las emprendedoras, la distribución de los comercios es dispersa; son muy pocas las que tienen el comercio cercano a la vivienda, lo cual implica también traslados hacia otros sectores de la ciudad. La mayoría de los locales comerciales se ubican en avenidas muy transitadas, en centralidades secundarias de la ciudad e, incluso, en Rada Tilly. Estas localizaciones requieren un conocimiento de las oportunidades que brindan ciertos espacios para el desarrollo del emprendimiento, y es en este sentido que podemos referirnos al control del territorio. Este control territorial implica salir de los espacios de confinamiento, para transitar otros espacios, al igual que apropiarse de ellos y construir nuevas territorialidades; sería una forma de empoderamiento territorial (Lindón, 2006b).

A continuación presentamos dos casos que ponen a la vista distintas movibilidades de las mujeres bolivianas. En los relatos, se mezcla la sobrecarga de responsabilidades que conducen a una movilización intensa y diversificada, articulando tiempos y territorios diferentes. Se trata de mujeres que residen en barrios de la periferia.

Eulalia nació en Punata, departamento de Cochabamba. Llegó a Comodoro Rivadavia en 2006, recién separada y con su hijo de 8 años, luego de haber vivido 14 años en Puerto Madryn, y se instaló en la casa de su hermana, en el barrio Moure. Estuvo algunos meses sin empleo, ayudando con las tareas domésticas y el cuidado de sus sobrinos. En 2008 decidieron con su hermana poner un puesto de verduras en La Saladita<sup>4</sup>. Comenzaron los sábados y domingos, en los horarios de la feria; pero luego, viendo que algunos puestos se mantenían durante la semana, resolvieron instalarse todos los días, desde las 9 hasta las 17 horas. Generalmente, Eulalia alterna con su hermana en la atención del puesto; es un trabajo que, si bien se desarrolla al aire libre, le permite manejar los horarios para realizar las tareas de la casa y ocuparse de su hijo. Los sábados y los domingos, cuando se realiza la feria, son los días de mayor actividad; allí están ambas hermanas, e incluso llevan a sus hijos. Eulalia tiene una vida centrada en el barrio y en el lugar de trabajo; aunque lleva tres años viviendo en la ciudad, apenas conoce otros barrios, va muy poco al barrio Centro. A excepción de la Fiesta de la Virgen de Copacabana, a la que ha asistido en dos ocasiones, son muy pocas sus salidas y participaciones en actividades de su colectividad. Eulalia inicia la jornada desde temprano: lleva a su hijo a la escuela, ubicada a 8 cuadras de su vivienda; luego vuelve a su casa y más tarde se traslada al puesto de venta, localizado a unas 15 cuadras. Tres veces a la semana, se dirige hasta el local de la distribuidora mayorista de frutas y verduras para abastecerse de los productos que vende en el puesto. La mayoría de las veces, realiza los traslados caminando o en el transporte público. Los sábados y domingos, desde las 8, se instala junto a su hermana en La Saladita, hasta las 17, cuando concluye la actividad. Generalmente, los domingos, luego de la vuelta a su casa, visita a su madre, que vive con una de sus hermanas a pocas cuadras de su domicilio. Aunque transita diariamente una distancia considerable, el territorio recorrido se extiende solo por una parte de la ciudad: los barrios de la periferia. Ocasionalmente atraviesa otros sectores, por ejemplo, el Centro, pero son situaciones puntuales por alguna compra o trámite.

4 "La Saladita" está ubicada en el barrio Quirno Costa, cercana a los barrios Moure y San Cayetano. Se trata de una feria al aire libre que ocupa una plazoleta del mencionado barrio, y en la que los fines de semana se congregan puestos de venta de diversos productos: alimentos, indumentaria, accesorios, juguetes, herramientas y hasta servicios de peluquería. Por otra parte, posibilita el aprovisionamiento de productos bolivianos necesarios para la preparación de comidas típicas. La mención a la feria aparece en la mayoría de los relatos de nuestras entrevistadas, como lugar para abastecerse de determinados productos, o bien, como lugar de encuentro con amigos y paisanos.

Diana también es oriunda de Punata. Llegó a la ciudad en 2004, directamente desde Bolivia. Su marido se había instalado tres meses antes. Al año siguiente nació su hijo. En un principio, alquilaban dos cuartos en el barrio Ceferino, y luego de tres años, adquirieron un terreno e hicieron su casa en el barrio San Cayetano. A su llegada, Diana trabajó durante seis meses en un geriátrico realizando tareas de limpieza; más tarde ingresó en la industria pesquera, donde trabajaba desde las 6 hasta las 14 horas, actividad que realizó durante dos años. Luego se empleó como vendedora en una verdulería. En 2012 su marido quedó sin trabajo, y dado que tenían ahorros, resolvieron iniciar un emprendimiento propio. Como Diana conocía el rubro, decidieron instalar una verdulería. Luego de recorrer la ciudad buscando un local en alquiler, se instalaron en Rada Tilly, sobre una calle muy transitada y cercana a un importante supermercado. Diana se traslada todos los días a Rada Tilly junto a su marido en un vehículo propio. Sale de su casa a las 8,30 y vuelve a las 22; los domingos cierra a las 14, por lo que es su única tarde libre durante la semana. Desde que tiene el negocio, sale menos; pero a veces, van los domingos a llevar a su hijo al patio de juegos de un supermercado localizado en el centro de la ciudad. Su hijo asiste a la escuela de Rada Tilly y al grupo de *boy scouts* de esa localidad. Admite que le gusta el barrio donde reside, “ya que viven muchos paisanos; a veces nos juntamos en alguna casa y cocinamos las comidas de allá”.

Con respecto a la vida cotidiana de Eulalia, al igual que la de la mayoría de las mujeres entrevistadas, esta transcurre entre las labores del hogar y el trabajo, moviéndose Eulalia de un lado al otro y haciéndose cargo de diversas responsabilidades. Dentro del barrio, se encuentran los lugares de referencia importantes para su vida cotidiana: su vivienda, las viviendas de familiares y amigos. Para Eulalia, el barrio es el espacio en el que transcurre gran parte de su vida social, y donde sus desplazamientos son cortos y realizables a pie. Una de las tareas que lleva a cabo en su tiempo libre es la visita a los familiares, una actividad que ha sido mencionada por varias de nuestras entrevistadas y que estaría relacionada con la responsabilidad que asumen las mujeres de mantener los vínculos de parentesco (Vega Centeno, 2004)<sup>5</sup>.

En el caso de Diana, el cambio de residencia y los numerosos empleos a los que accedió la llevaron a movilizarse por diversos barrios de la ciudad. Con la instalación del comercio, su circulación varió sustancialmente al cambiar la escala de las distancias que recorre cotidianamente; por otra parte, el comercio en Rada Tilly significa una apertura hacia la “otra ciudad”. Diana permanece en Rada Tilly la mayor parte del día (ella misma manifiesta: “Estoy de visita en mi casa”); sin embargo, no lo asume como un espacio de vida propio, ya que, al igual que Eulalia, su lugar de referencia es el barrio donde reside.

Vemos entonces cómo la vida de estas dos mujeres muestra la complejidad de los desplazamientos femeninos con la articulación de tiempos, espacios y responsabilidades. Se trata de dos movilidades diferenciadas, y en uno de los casos también hay cambio de residencia, lo que implica modificaciones en la movilidad. Más allá de las diferentes experiencias, tanto Eulalia como Diana tienen movilidades ligadas a sus compromisos familiares, por los cuales deben articular varios tiempos: el doméstico, el familiar, el escolar y el laboral. Eulalia, con un espacio más acotado, centrado en unos pocos barrios; por su parte, Diana ha ampliado su espacio cotidiano, pero paradójicamente, ha disminuido su circulación por la ciudad. Al igual que Eulalia y Diana, el conjunto de las mujeres entrevistadas se movilizan mayormente por prácticas ligadas a la domesticidad y laborales; las movilidades ligadas a las prácticas del esparcimiento son excepcionales.

<sup>5</sup> Esta actividad se asocia a la denominada “triple jornada”, es decir, las tareas que llevan a cabo las mujeres para mantener las redes afectivas, y la participación en actividades sociales e institucionales, que se suman a la actividad laboral y el trabajo doméstico familiar.

## Conclusiones

Las prácticas y los itinerarios que surgen de los relatos remiten a la construcción de territorialidades: los lugares donde habitan, donde pasan el tiempo libre, donde desarrollan acciones colectivas e individuales; en suma, los lugares que conforman la ciudad vivida por las migrantes.

Las prácticas ligadas a la residencia y las relaciones y vínculos que se despliegan construyen territorialidades en el espacio urbano, que se relacionan con el habitar. Este habitar puede resultar en un confinamiento. La geografía residencial boliviana en Comodoro Rivadavia corresponde a una geografía periférica y popular, y su presencia se destaca en cuatro barrios de los bordes de la ciudad: Máximo Abásolo, Abel Amaya, San Cayetano y Moure, siendo mayor la concentración en este último. El Moure forma parte de la territorialidad de las mujeres bolivianas; este vínculo se construye, para gran parte de ellas, no solo a partir de la residencia, sino también a través de las prácticas de sociabilidad tanto familiares como de la colectividad.

Para las mujeres bolivianas, es factible la reclusión desde el punto de vista de la residencia. Como hemos visto, ellas y sus familias están confinadas a los barrios pobres de la periferia; sin embargo, cuando nos referimos a otras prácticas, como las relacionadas con la sociabilidad o con el trabajo, por lo general no hay confinamiento territorial, sino una ampliación hacia otros espacios de la ciudad.

Al analizar las prácticas de residencia, sociabilidad y circulación, se advierte que las migrantes tienen un papel esencial en los procesos de territorialización, ya que son quienes adquieren mayor presencia en el espacio público. En el vínculo que construye la mujer con el espacio inmediato, están entrelazadas experiencias pasadas vividas en diferentes momentos de la vida; el pasado se hace presente a partir de lo que la mujer se apropia, sedimenta y utiliza en su vida actual, en su vida práctica. En consecuencia, podemos afirmar, desde la Geografía del Género, que la territorialidad es situacional y multiescalar.

Existen diferentes formas de vivir los lugares y distintas territorialidades. La territorialidad ligada al habitar, a la residencia generalmente confinada a sectores periféricos de la ciudad; la territorialidad de la sociabilidad, donde el espacio público no es de tránsito, sino que se transforma en un lugar de encuentro; y la territorialidad de la circulación. Estas territorialidades suponen prácticas que promueven lugares donde se construye la bolivianidad, con una espacialidad y una temporalidad que les es propia.

En cuanto a la movilidad, trabajar, consumir, relacionarse con los otros implica necesariamente desplazarse. Así, mientras que los varones tienden a organizar su vida cotidiana por medio de lógicas personales, la mujer asume la responsabilidad de articular las demandas del colectivo familiar. La diferenciación de funciones tiene, entonces, una expresión en la forma de moverse por la ciudad. Por otra parte, el uso del espacio no se restringe al territorio local. Si bien los movimientos de algunas mujeres se circunscriben al barrio, otras se desplazan regularmente en ámbitos más amplios.

Las mujeres entrevistadas muestran un espacio cotidiano múltiple y diverso a raíz de las diferentes actividades que deben cumplir. A su vez, dichos desplazamientos las convierten en un colectivo sensible a los factores espacio-temporales y urbanísticos, especialmente, en un contexto de transporte urbano limitado en cuanto a su disponibilidad, horarios y distancias.

## Bibliografía

- » Allen, B. (2003). Les relations entre le dedans et le dehors. La construction du sens de chez soi dans les quartiers d'habitat social. En B. Collignon, y J. Staszak (Dir.), *Espaces domestiques: construire, habiter, représenter* (137-148). París: BREL.
- » Baby-Collin, V., Cortes, G., Miret, N. y Sassone, S. (2011). Visibilidad y territorialización de la migración boliviana en Madrid, Barcelona y Buenos Aires. En: Pujadas Rúbies, I. (Coord.), *Población y espacios urbanos* (557-576). Barcelona: Departamento de Geografía Humana de la UB y Grupo de Población de la AGE.
- » Bélouin, S. (2004). Réflexions sur les notions de visibilité/invisibilité appliquées à l'étude des migrations. *e-Migrinter*, 4, 3-5.
- » Caggiano, S. y Segura, R. (2014). Migración, fronteras y desplazamientos en la ciudad. Dinámicas de la alteridad urbana en Buenos Aires. *Revista de Estudios Sociales*, 48, 29-42.
- » Calvillo Velasco, M. (2012). Territorialidad del género y generidad del territorio". En L. López Álvaro y M. Reyes Ramos (Coords.), *Explorando territorios: una visión desde las ciencias sociales* (263-293). México: UAM-X, CSH, Depto. de Relaciones Sociales.
- » Carman, M., Vieira, N. y Segura, R. (2013). Antropología, diferencia y segregación urbana. En: Carman, M., Vieira da Cunha, N. y Segura, R. (Coords.), *Segregación y diferencia en la ciudad* (11-34). Quito: FLACSO, Sede Ecuador; Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO); Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda.
- » De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano*. México D. F.: Iberoamericana.
- » Díaz Muñoz, M. (1989). Movilidad femenina en la ciudad: notas a partir de un caso. *Documentes d'Anàlisi Geogràfica*, 14, 219-239.
- » Díaz Muñoz, M y Rodríguez Moya, J. (1989). Spatial variations of the female and male labour forced participation in the Madrid Metropolitan Area. *Espace, Populations, Sociétés*, 1, 43-52.
- » Di Méo, G. (1991). *L'Homme, la Société, l'Espace*. Paris: Anthropos.
- » Di Meo, G. (1999). Géographies tranquilles du quotidien: une analyse de la contribution des sciences sociales et de la géographie à l'étude des pratiques spatiales. *Cahiers de Géographie du Québec*, 43 (118), 75-93.
- » Di Meo, G. (2000). *Géographie sociale et territoires*. París: Nathan.
- » Di Virgilio, M. y Gil y de Anso, M. (2012). Estrategias habitacionales de familias de sectores populares y medios residentes en el área metropolitana de Buenos Aires (Argentina). *Revista de Estudios Sociales*, (44), 158-170.
- » García Almirall, P. y Frizzera, A. (2008). La trayectoria residencial de la inmigración en Madrid y Barcelona: un esquema teórico a partir del análisis cualitativo. *Revista ACE (Arquitectura, Ciudad y Entorno)*, 8, 39-52.
- » García Armand, A. (2005). El rol de las mujeres en el devenir de un barrio intercultural: el Raval de Barcelona. En: Nash, M.; Tello, R. y Benach, N. (Eds.). *Inmigración, género y espacios urbanos: los retos de la diversidad* (123-140).

Barcelona: Bellaterra

- » Gutiérrez Valdivia, B., Ciocoletto, A. y García Almirall, P. (2011). Migración, espacio público y convivencia en la Región Metropolitana de Barcelona. *Revista ACE (Arquitectura, Ciudad y Entorno)*, año VI, 17, 335-358.
- » Hägerstrand, T. (1970). What about people in regional science?. *Papers of the Regional Science Association*, 24, 7-21.
- » Hanson, S. y Hanson, P. (1980). Gender and Urban Activity Patterns in Uppsala, Sweden. *Geographical Review*, 70 (3), 291-299.
- » Jirón, P. (2007). Implicancias de género en las experiencias de movilidad cotidiana urbana en Santiago de Chile. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 12 (29), 173-197.
- » Lawson, V. (2000). Arguments within Geographies of Movement: the theoretical potential of migrants' stories. *Progress in Human Geography*, 24 (2), 173-189.
- » Lindón, A. (2005). El mito de la casa propia y las formas de habitar. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. IX, n.º 194 (20) <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-194-20.htm>
- » Lindón, A. (2006a). Geografías de la vida cotidiana. En D. Hiernaux y A. Lindón (Dir.), *Tratado de Geografía Humana* (365-400). México: Anthropos.
- » Lindón, A. (2006b). Territorialidad y género. En P. Ramírez Kuri y M. Aguilar Díaz (Coords.), *Pensar y habitar la ciudad: afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo* (13-33). Barcelona: Anthropos.
- » Magliano, M., Perissinotti, M. y Zenklusen, D. (2014). Estrategias en torno a las formas de apropiación y organización del espacio en un barrio de migrantes de la ciudad de Córdoba. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 29(3), 513-539.
- » Miralles, C. y Cebollada, A. (2009). Movilidad cotidiana y sostenibilidad, una interpretación desde la Geografía Humana. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 50, 193-216.
- » Perissinotti, M. V. (2016). Un lugar donde vivir. Las luchas migrantes por el acceso al espacio urbano en la ciudad de Córdoba (Argentina). *REMHU. Revista Interdisciplinaria da Mobilidade Humana*, XXIV, 59-76.
- » Pred, A. y Palm, R. (1978). The Status of American Woman: A Time-Geography View. En D. Lanegran y R. Palm (Eds.), *An Invitation to Geography* (99-109). Nueva York: McGraw-Hill.
- » Raffestin, C. (1977). Paysage et territorialité. *Cahiers de Géographie de Québec*, 21, 123-134.
- » Raffestin, C. (2011). *Por una Geografía del poder*. México: El Colegio de Michoacán.
- » Rodríguez Moya, J. y García Palomares, J. (2012). Diversidad de género en la movilidad cotidiana en la Comunidad de Madrid. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 58, 105-131.
- » Rose, G. (1994). *Feminism and Geography: the Limits of Geographical Knowledge*. Cambridge: Polity.
- » Sabaté Martínez, A., Rodríguez Moya, J. y Díaz Muñoz, M. (1995). *Mujeres, espacio y sociedad: hacia una Geografía del Género*. Madrid: Síntesis.
- » Sassone, S. (2002). *Geografías de la exclusión: inmigración limítrofe indocumentada en la Argentina: del Sistema-Mundo al Lugar*. Tesis doctoral en Geografía,

Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina.

- » Sassone, S. y Mera, C. (2007). Barrios de migrantes en Buenos Aires: Identidad, cultura y cohesión socioterritorial. Ponencia presentada al V Congreso Europeo CEISAL de latinoamericanistas. CERCAL [Centro de Estudios y de Promoción de las Relaciones entre los países de la Unión Europea y América Latina]. Université Libre de Bruxelles (Bélgica).
- » Simon, G. (2006). Migrations, la spatialisation du regard. *Revue Européenne des Migrations Internationales*, 22 (2), 9-21.
- » Soto, P. (2013). Repensar las prácticas espaciales: rupturas y continuidades en la experiencia cotidiana de mujeres urbanas de la Ciudad de México. *Revista Latino-Americana de Geografía e Género*, 4 (2), 2-12.
- » Vaccotti, L. (2017). Migraciones e informalidad urbana. Dinámicas contemporáneas de la exclusión y la inclusión en Buenos Aires. *EURE*, 43(129), 49-70.
- » Vega Centeno, P. (2004). De la barriada a la metropolización: Lima y la teoría urbana en la escena contemporánea. *Perú Hoy*, 6, 49-70.

**Myriam Susana González** / [myriamsgonzalez@gmail.com](mailto:myriamsgonzalez@gmail.com)

Doctora en Geografía (Universidad Nacional de Cuyo), Magíster en Impactos Territoriales de la Globalización (Universidad Internacional de Andalucía, España) y Profesora en Geografía (Universidad Nacional de la Patagonia). Docente e Investigadora (Universidad Nacional de la Patagonia SJB, sede Comodoro Rivadavia, Argentina). Sus campos de interés abarcan: Geografía social, Estudios Migratorios, Geografía urbana, Geografía del Género.